

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUCIGALPA: 15 DE JULIO DE 1902

NUM. 24

La novia de Ludovico

UNA amistad íntima me había unido desde la infancia á Ludovico. Fuimos condiscípulos en el colegio del Doctor Bernal, y durante aquellos monótonos años de internado vivíamos siempre juntos, llegando entre nuestros compañeros á ser citado nuestro afecto como único y extraordinario. En efecto, creo difícil encontrar una amistad más sincera, más honda, que la nuestra, y esto era debido, sin duda alguna, al raro contraste de nuestros temperamentos, á la desigualdad de caracteres y á la uniformidad casi absoluta de nuestras inteligencias.

A los veinte años, Ludovico era un hermoso tipo romántico, de mediana estatura, delgado, un poco pálido, de grandes ojos negros y frente soñadora, coronada de sedosos cabellos. Era muy simpático, correcto en el vestir, con un aire de elegancia que le distinguía. Apasionado por las mujeres hermosas, fué siempre, sin embargo, ante ellas, tímido y respetuoso. De temperamento melancólico, de imaginación poderosa y ardiente, nervioso, sensitivo, ingenuo, mi amigo era un raro ejemplar de esas naturalezas vibrantes y refinadas, producto de las razas en decadencia. Su espíritu cristalino, delicado, susceptible, guardaba relación íntima con su cerebro poblado de visiones. Hacía versos deliciosos, musicales y tristes. Su poesía favorita era la fantástica, la doliente, la poesía crepuscular, impregnada de vagas sombras misteriosas, de nieblas y de fugitivos fantasmas. Su jardín poético estaba poblado de rosas fúnebres, de amarillas flores de cementerio, de un aroma místico y sagrado. No era el poeta de la Vida, brillante y revolucionario, que ama el combate, el vino y el amor, las auroras radiosas y los soles espléndidos, sino el poeta de la Muerte, taciturno y visionario, amante de los pálidos ocasos, de los placeres espirituales, de las noches de luna y de las mujeres tristes. Vivía la vida del pensamiento, sumergido en la lectura; y de allí el aspecto severo de su semblante, su aire grave, su prematura experiencia, que no tenía nada de mundana.

Fué algunos días después de nuestra salida del colegio cuando nos resolvimos á vivir juntos. Los dos éramos huérfanos, solos en el mundo, con unos cuantos parientes lejanos que vivían en pueblos remotos. Alquilamos una pequeña

casa, compuesta de un salón y dos cuartos, con un jardín poblado de grandes árboles. Era aquélla una vivienda triste, oscura, llena de misterio. En los días invernales semejava un gran sepulcro silencioso. Sin embargo, Ludovico parecía feliz en aquella morada solitaria. Sentado en su escritorio, cerca de una de las grandes ventanas de su cuarto, que daba al jardín, pasaba horas enteras en la meditación y el estudio. Yo, ocupado durante el día en una oficina de comercio, apenas veía y hablaba á mi amigo en las horas de la noche. Nuestras veladas tenían una intimidad fraternal. Dejamos algunos trozos de literatura contemporánea ó charlábamos de nuestros proyectos para el porvenir, mientras fuera gemía el viento, haciendo temblar las maderas de las ventanas.

Una tarde observé que mi amigo Ludovico —contra sus hábitos comunes de quietud— se pasaba aceleradamente por su habitación, como presa de un violento dolor.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—¿Lo creerás?—me dijo. Estoy celoso. Amo y soy amado; pero me muero de celos. Luisa—ya sabes—mi discípula, me ha enloquecido. Me ha jurado cien veces adoración hasta la muerte; pero yo ambiciono más: que me ame aun más allá de la muerte. Ella tiene un enamorado tenaz, un primo que es su sombra. Hace un momento la he visto en el balcón de su casa acompañada de ese odioso rival, y un negro presentimiento me dice que ese hombre será su verdadero dueño.

—Sí, Ernesto,—añadió en voz baja:—yo soy un moribundo; no veré la próxima primavera. Un negro mal, una vieja enfermedad del corazón está minando mi vida. Muy pronto desapareceré bajo la tierra.

Yo no volvía de mí asombro. Un profundo duelo llenó mi alma... ¿Ludovico enamorado?... Recordé entonces que él tenía una discípula, la señorita Luisa Ollivant, á quien enseñaba idiomas.

Era una encantadora joven de diez y seis años, blanca, esbelta, deliciosa. Su madre—que apreciaba y quería á Ludovico como si fuera su propio hijo—les había dejado amarse, pues de este modo se explica la libertad de que gozaban y que yo había observado desde hacía algunas semanas. Pero lo que verdaderamente me impresionó fué la última confianza de mi amigo sobre su muerte próxima. No cabía en mi ánimo aquella negra idea de su desaparición eterna, de su partida hacia el misterioso país sepulcral. Entonces asaltaron mi memoria detalles á los que no

había dado importancia alguna: los insomnios de mi pobre hermano, su aspecto macilento, su color espectral, sus movimientos febriles y el extraño brillo de sus ojos, en los que observé una luz sombría. Sí; Ludovico moriría antes de que llegara la primavera.

Presa de una emoción que me ahogaba, no pude decirle una frase de consuelo; y me retiré á mi cuarto, en donde lloré como un niño....

II

La salud de mi amigo fué empeorando, hasta el punto de que se vió precisado á guardar cama. De nada servían la ciencia y los cuidados del médico.

Luisa y su madre lo asistían con verdadera abnegación y desinterés. La pobre niña sufría horriblemente: amaba á Ludovico, y desesperada lo veía desaparecer. Sus bellos ojos estaban casi siempre llenos de lágrimas y la risa huýó de su boca. Era, en verdad, una criatura espiritual y sentidora, de alma triste y fantasía llena de sueños. En las interminables veladas alrededor del lecho del moribundo, Luisa y yo conversábamos en voz baja. El motivo de nuestras pláticas á media voz era la enfermedad de Ludovico y todo lo doloroso del próximo fin que esperábamos.

Cierta noche, como á las once, en que el rumor de nuestras conversaciones se había hecho más prolongado que de costumbre, sentimos un sollozo que provenía del lecho de mi amigo. Acudimos inmediatamente y encontramos á Ludovico, lívido, con los ojos profundamente abiertos, de los que brotaban gruesas lágrimas.

—Me hacéis mucho daño, —dijo con tristeza. Y se volvió hacia la pared.

Comprendimos que estaba celoso, y desde aquella noche permanecimos separados y mudos.

III

La antevíspera de morir Ludovico, pude comprender hasta qué grado llegaba su pasión por Luisa. Miraba la joven el vasto jardín á través de los cristales, distraída, inconsciente. El enfermo, sin hacer ruido, se volvió hacia ella y quedóse mirándola, con una mirada terrible, inexpressable, espantosa; con una mirada en que se mezclaba la ternura más ardiente al dolor más hondo y —¿por qué no decirlo?—al odio más profundo. Sus ojos tomaron una expresión extraña y se revolviéron en sus órbitas como si quisieran saltar. Después se cerraron y la cabeza del enfermo cayó como devanecida sobre la almohada. Luisa no advirtió esto.

En la tarde de ese mismo día, aprovechando un momento en que la joven y su madre tomaban un rato de descanso, me llamó mi amigo, y haciendo que me sentara en su mismo lecho, me dijo lo siguiente, con voz temblorosa:

—Ernesto, me siento morir, esto se acaba. Díme, ¿tú amas á Luisa?

—¿Yo?—Absolutamente...

—¿Júralo por la sangre del Cristo. Jura que no la amas y que ha de ser sagrada para tí la novia de tu hermano muerto.

—Lo juro—exclamé conmovido.

—Gracias! Me has quitado un gran peso del corazón. Ahora, óyeme: yo quisiera matarla, llevarla á la tumba conmigo. Me desespera la idea de que pueda ser de otro. ¡Es tan bella y la adoro tanto! Aquí tengo—continuó, mostrándome un pequeño cuaderno forrado en seda negra—descritas las violentas impresiones de este amor extraordinario, que—recuérdalo siempre—vencerá á la Muerte; además, allí dejo consignado mi deseo absoluto de que esa niña muera virgen y casta. Guardarás ese cuaderno después que yo no exista, y si algún hombre ocupa un día mi lugar en el corazón de Luisa, entrégale ese manuscrito de mi parte. Mi espíritu se encargará de cumplir la terrible promesa que en él dejo expresada.

Dos días después murió Ludovico. Yo le vestí su traje negro, y después de besar su frente por la última vez y de acompañar piadosamente sus restos al cementerio, me encerré en mi habitación, en donde permanecí durante nueve días, acompañado de los crueles recuerdos de mi amigo. Había recogido el cuaderno, según su deseo, y lo guardé, sin leerlo, en uno de los cajones de mi mesa de noche.

Luisa parecía inconsolable. Lloraba á todas horas y estaba pálida y ojerosa. Yo iba con frecuencia á visitarla... y cómo decir que á los tres meses de muerto Ludovico, la remembranza, el cariño que profesábamos al difunto, ciertas intimidades familiares... y sobre todo la dulce belleza, la gracia misteriosa de la joven, el encanto irresistible que emanaba de su persona, de su boca, de sus ojos, me habían hecho olvidar mi juramento para entregarme por entero á las sensaciones deliciosas de un amor correspondido!

En medio de los arrebatos de aquella avasalladora pasión, sentía un remordimiento vago, una inquietud; pero ¡ay! tan leves ante el amor frenético que encendía mi sangre!

Yo no había contado á Luisa nada de lo que me dijo mi amigo la antevíspera de morir, ni lo del juramento; ni le dí á entender la existencia del extraño cuaderno. Quizá si ella hubiera sabido estas cosas no me hubiese entregado su alma con tanta sinceridad!

Debo confesar que aquel cuaderno fúnebre me causaba un horror inexplicable. ¡Cuántas veces me había propuesto leerlo, y en el momento de soltar las cintas que le ataban, mis manos trémulas retrocedían horrorizadas, presas de una agitación irresistible! Hacía algunas noches que mi sueño era intranquilo y lleno de visiones lúgubres que me obligaban á despertar sobresaltado. Y ¡caso particular! la primera idea que se me ocurría, ya despierto, era la del manuscrito misterioso, que, según la voluntad del muerto, debía entregar á Luisa, lo que, en verdad, no podía hacer; llegando á formar una obsesión tan poderosa en mi ánimo, que ya no se separaba un segundo de mi pensamiento ni de mi espíritu. A todas horas y en todas partes veía aquel pequeño libro forrado en negra seda, provocándome á que me enterara de su contenido y rechazándome cuando mis manos llegaban á tocarlo. Me parecía que de la lectura de aquellas páginas me vendría una irremediable desgracia; que mi ignorancia

de aquel secreto terrible, de aquella amenaza de la muerte, conservaría mi espíritu en una relativa tranquilidad hasta donde esto fuera posible, después de quebrantar el juramento hecho al moribundo.

IV

Una noche de noviembre gozaba yo de la delicia de un buen calor, arrellanado en un gran sillón, oyendo á Luisa tocar en el piano la música fantástica de Wagner, en su salón de recibo, mientras fuera caía la lluvia á torrentes y se quejaba el viento nocturno llamando á los cristales. Vestía ella un peinador blanco que le sentaba admirablemente, dejando ver el nacimiento del seno delicado y la garganta perfecta.

Aquella linda joven embriagaba como un perfume: se desprendía de toda ella un aroma de misterio, una poesía suave y lánguida, un no sé qué vago y poderoso que inspiraba un sentimiento mundano, al que se mezclaba ese respeto místico que nos inspiran ciertas imágenes que admiramos de niños en los templos cristianos. No es, pues, extraño, que la sangre de mis veintidós años se sublevara á la vista de tantas gracias, y que en un arrebato de locura, viéndome solo con ella, me inclinara sobre el piano, y aprovechando un momento favorable, intentara besar su boca virginal. Ah! Nunca lo hubiera pensado! Casi en el mismo instante sentí un dolor profundo, agudísimo, en el lado izquierdo del pecho, como si una mano de hierro estrujara mi corazón; y al enderezarme, vi, sí, vi en el espejo que tenía delante, el rostro lívido de Ludovico; vi sus negros ojos que me miraban terriblemente, amenazadores, espectrales. Aunque la visión sólo duró un segundo, pude apreciar en todos sus detalles la expresión de aquel semblante para mí tan conocido. Debí ponerme densamente pálido; y mis manos temblaron, como si fuera víctima de un ataque de epilepsia.

Afortunadamente, Luisa no advirtió mi turbación, dominada como se hallaba por la sorpresa que le causó mi conducta.

Algunos momentos después me retiraba de su casa. Al entrar en mi cuarto, luego de atravesar la habitación que ocupó Ludovico y cuya fría humedad me hizo estremecer, noté con sorpresa mezclada de espanto, que sobre mi mesa de noche, precisamente sobre un retrato de Luisa, que ella me había obsequiado, estaba el cuaderno finébre, objeto de mis continuas preocupaciones. ¿Quién podía haberlo sustraído del cajón en donde lo guardaba? En la casa no había un solo criado, pues la persona encargada de su arreglo y limpieza, llegaba todas las mañanas y se retiraba así que concluía su trabajo. Saqué de mi bolsillo las llaves de los cajones de mi mesa de noche y las apliqué á éstos. Todos estaban bien cerrados, y aquellas llaves, de carácter particular y forma especial, presentaban una seguridad absoluta para el caso de que hubieran tratado de abrir los depósitos con otras llaves comunes. Además, la cerradura estaba intacta, sin señal de violencia. Espantado de aquel suceso y decidido firmemente á concluir con aquel cuaderno perturbador, encendí un gran mechero, y tomandoy con mano firme el libro fatídico, dejé una-

dé las cintas que lo ataban y empecé á arrojar, una por una, sus páginas en la llama, que bien pronto fué creciendo hasta llenar de resplandores fugaces y sombras fantásticas la habitación: Vela con una especie de placer criminal cómo el fuego iba convirtiendo en cenizas aquel manuscrito que tantos terrores me había causado. Los menudos caracteres de la letra de mi difunto amigo blanqueaban vagamente en el fondo negro de las vibrantes cenizas, y estaba ya para terminar mi obra destructora, y gozaba de antemano viéndome al fin libre de aquella penosa obsesión, cuando sentí en el pecho, al lado izquierdo, el mismo dolor agudo, terrible, que me atacó hacia media hora, al querer besar el lindo rostro de Luisa. Arroje á la llama las últimas páginas, y mientras el fuego las devoraba lentamente, el dolor se me hizo tan espantoso, que creí morir y lancé algunos inconscientes gritos de angustia; pero al extinguirse la llama, se calmó como por encanto.

Desde aquella fecha no podía demostrar mi amor á Luisa con alguna de esas atenciones—tan insignificantes en apariencia y, sin embargo, tan significativas en el fondo, entre dos enamorados,—sin sentir aquella sensación violenta que ya dos veces me había enloquecido; pero más apagada que en los anteriores accesos. Llegó á tal extremo aquella insuportable molestia, que me ví obligado á privarme hasta de estrechar la mano de la pobre niña, que sufría mucho por este cambio, jurándome hijo de la indiferencia.

Pero ¡cuán equivocada estaba! La pasión que me inspiraba se hacía cada vez más grande, más imperiosa, quizá por efecto de todos los excepcionales obstáculos que aparecían en el camino de mi felicidad. Comprendía que Ludovico me la disputaba aun más allá del sepulcro, pues no era sino su mano invisible la que me estrujaba el corazón cada vez que demostraba mi amor á la que era, desde hacía algunas semanas, mi prometida. De seguro que el cuaderno felicemente quemado contenía todas las horribles amenazas que un amor imposible puede hacer al ser aun desconocido que algún día llegará á ser dueño del objeto idolatrado. Y al pensar en la obstinación cerosa del alma del difunto, me llenaba de cólera, y olvidándome de que ya una vez había sido perjuro, me juraba á mí mismo hacer mía aquella niña encantadora, por la que tan sobrehumana y extraordinaria lucha se había entablado entre nuestros espíritus. ¿De quién sería la victoria?... Lo ignoraba; pero tan decidido me sentía á llevar á cabo mis resoluciones, que á pesar de los frecuentes y agudos dolores que me asediaban cuando estaba cerca de Luisa, nuestro matrimonio se verificó quince días después.

Yo había hecho arreglar convenientemente la antigua casa que habitaba, para recibir en ella á mi esposa. Hicé mudar los tapices y las alfombras y cambié los muebles viejos por otros nuevos y elegantes.

En la estancia que antes ocupaba Ludovico arreglé la alcoba nupcial, por un capricho maligno que me hacía desear encontrarme con Luisa en la primera noche de amor, en la misma ha-

bitación en que expiró aquel amigo convertido ahora en enemigo de mi felicidad. Así, pues, hice colocar el gran lecho de caoba comprado la víspera, en el mismo lugar en que expiró Ludovico.

V

Cuando penetré en aquella estancia, en la alta noche, llevando abrazada á la bella joven con quien me había unido el día anterior, sentí que la suprema ventura invadía mi alma. Mientras Luisa se metía en el lecho, yo hojeaba distraído un álbum de paisajes y acuarelas holandesas. Pero cuando quise reunirme á mi esposa, sentí, prolongado, triste, lastimero, un sollozo contenido que salía del mismo lecho nupcial. Era exactamente el mismo con que la Antevíspera de morir nos demostró Ludovico el sufrimiento que le causábamos oyéndonos hablar en voz baja. Para que no me quedara la menor duda, el sollozo volvió á oírse, más quejoso, más suplicante. En ese momento, viendo el rostro risueño de Luisa—para quien estos rumores no tenían efecto, pues en ninguna ocasión la presencia del espíritu de su primer amor se había hecho sentir alrededor de ella—al verla, digo, tan hermosa, tan provocativa, salté en el lecho, todo trémulo; pero retrocedí casi al mismo tiempo, lanzando un grito sobrehumano, que hizo desmayarse á la joven... Acostado en el sitio que me correspondía en el tálamo nupcial, ví á Ludovico, en la misma actitud en que lo contemplé la última vez sobre el túmulo enlutado. Sólo sus grandes ojos negros me miraron con una expresión feroz, de triunfo, de burla, de odio, como si quisieran arrancarme el alma... Sentí que me volvía loco de terror, que mis dientes rechinaban nerviosamente, que mis ojos se nublaban, que rodaba por la alfombra como herido por un rayo...

VI

A la mañana siguiente aun no había recobrado la razón. Estuve, muriéndome, durante muchos días, y cuando me levanté apenas pude reconocermé. Tenía el aspecto de un anciano y los cabellos completamente blancos.

El dolor sobre el corazón, profundo, terrible, continuo, me hacía desesperar de la vida. Observé que Luisa me cuidaba con toda la solícitud de su ternura, con una especie de lástima compasiva al verme en aquel estado. Ella nada sabía de aquellas cosas extraordinarias, de aquellos fenómenos fatídicos de que yo había sido víctima.

Resolví, en cuanto recobré algunas fuerzas, alejarme de mi esposa. Tan pronto como puse en práctica mi idea, el dolor que me desesperaba fué cediendo, hasta desaparecer por completo.

Me radiqué en un pueblo lejano y oscuro, en casa de mis parientes, y allí recobré todas mis perdidas energías, hasta el grado de que á vuelta de dos años, encontrándome con valor y con fuerzas para cualquier empresa temeraria y llegando á mis oídos la fama de la hermosura y del amor que de lejos me profesaba mi esposa, decidí ir á reunirme con ella, haciendo un sobrenatural esfuerzo por reconquistar mi felicidad.

La víspera de mi viaje, después de arreglar en una maleta mis vestidos y mis libros, me acosté

cansado y pronto me dormí, para luego ser presa de una espantosa pesadilla... Vi en sueños á Ludovico atravesar un negro espacio, llevando en sus brazos á Luisa, ya muerta... Me desperté de improviso, creyendo oír mi nombre pronunciado por una voz doliente y amorosa.

Bajo la impresión de este cruel ensueño, renuncié á mi viaje.

Algunos días después recibí una carta enlutada, en la que un amigo me daba la noticia de la muerte de Luisa.

"Estaba, en el instante de morir, con los grandes ojos abiertos, horriblemente pálida y te llamaba con voz triste y desfallecida. La vistieron el traje nupcial."

Comparé las fechas. Luisa había muerto la misma noche y á la misma hora en que oí mi nombre en sueños. Era su dulce voz la que me llamaba.

FROILÁN TURCIOS

1899.

Flores de éter

A la memoria de
Luisa II de Baviera

Rey solitario como la aurora.
Rey misterioso como la nieve,
¿en qué mundo tu espíritu mora?
¿sobre qué cima sus alas mueve?
¿Vive con diosas en una estrella
como guerrero con sus cautivas,
ó está en la tumba—blanca doncella—
bajo coronas de simprevivas?...

Aun eras niño cuando sentías,
como legado de tus mayores,
esas tempranas melancolías
de los espíritus soñadores,
y huyendo lejos de los palacios
donde veías morir tu infancia,
te remontabas á los espacios
en que esparcías la fragancia
de los ensueños que, hora tras hora,
minando fueron tu vida breve,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve.

Si así tu alma gozar quería
y á otras regiones arrebataste,
un bajel tuvo: la Fantasia,
y un mar espléndido: el mar del Arte.
¿Cómo veías sobre sus ondas
temblar las luces de nuevos astros
que te guiaban á las Golcondas
donde no hallabas del hombre rastros;
y allí sintiendo raros deleites
tu alma encontraba deliquios santos,
como en los tintes de los afeites
las cortesanas frescos encantos!
Por eso mi alma la tuya adora
y recordándola se conmueve,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve.

Colas abiertas de pavos reales,
rósacos flamencos en la arboleda,
fríos crepúsculos matinales,
áureos dragones en roja seda,
verdes luciérnagas en las lilas,
plumas de cisnes alabastrinos,
sonidos vagos de las esquilas,
sobre hombros blancos encajes finos,
vapor de lago dormido en calma,
mirtos fragantes, nupciales tules
nada más bello fué que tu alma
hecha de vagas nieblas azules
y que á la mía sólo enamora
de las del siglo décimo nueve
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve

Aunque sentiste sobre tu cana
caer los dones de la existencia,
tú no gozaste de dicha alguna
más que en los brazos de la Demencia.

Halo llevabas de poesía
y más que el brillo de tu corona,
á los extraños les atraía
lo misterioso de tu persona.
que apasionaba nobles mancebos
porque ostentabas en formas bellas
la gallardía de los éfebos
con el recato de las doncellas.

Tedio profundo de la existencia
sed de lo extraño que nos tortura
de viejas razas mortal herencia,
de realidades afrenta impura,
visión sangrienta de la neurosis
delicuescencia de las pasiones,
entre fulgores de apoteosis
tu alma llevaron á otras regiones
donde gloriosa ciérnese ahora
y eterna dicha sobre ella fluye,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve

JULIÁN DEL CASAL

Palestrina

EL período álgido de la ópera en Italia, marca, según los inteligentes, el ocaso de la música italiana. Es ésta una aserción que por su evidencia se impondrá á todo el que tenga noción completa de la sublimidad, de la riqueza, de la inexplicable profundidad expresiva de la música sagrada en Italia, durante los siglos precedentes.

¿Quién que haya oído, por ejemplo, el STABAT MATER de Palestrina, podrá reconocer la música italiana de ópera por hija legítima de madre tan admirable?

Con el fin de realizar la expresión de la melodía, teniendo en cuenta su esencia íntima, el genio del cristianismo intro-

dujo la armonía polifónica, fundándola con el acorde á CUATRO VOCES; este acorde, por el carácter especial de la sucesión de sonidos, debía motivar en adelante la expresión de la melodía, del mismo modo que el ritmo había sido antes la condición de ella.

Hasta qué punto de maravillosa profundidad expresiva, que aun no había podido suponerse, elevó este medio la frase melódica, lo hemos visto todos con admiración siempre creciente en las obras maestras é incomparables de la música italiana de iglesia.

Después de haber tenido en su origen como único destino hacer oír al mismo tiempo que la nota del canto el acorde fundamental, las diversas voces recibieron al fin dentro de esta música sagrada un desenvolvimiento y desarrollo progresivo, lleno de libertad y expresión. De este modo y con los recursos de lo que se llama el arte del contrapunto, cada una de estas voces subordinadas á la melodía propiamente dicha (lo que se llama CANTO LLANO), pudo moverse con expresión independiente; por esto, quizás, el canto eclesiástico, tal como se le encuentra en las obras de los grandes maestros, produce sobre las almas, por su ejecución, un efecto tan maravilloso, tan profundo, que no puede compararse á ninguno de los que otro arte, cualquiera que sea, pueda producir.

RICARDO WAGNER

El desierto

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Quando el beduino, que de Horeb va á Siria,
su caballo ata al pie del datilero,
y allí, bajo la sombra polvorienta,
en su burdo sayal reposa envuelto:
¡sueña, una tregua dando á las fatigas,
con el lejano oasis, donde vieron
sus ojos madurar los dulces higos,
y de su tribu con el valle estrecho,
y con la fuente en que templó sus labios,
y con los bueyes, cuando van mugiendo,
y junto á las cisternas platicando
las mujeres, ó bien los cameleros
sobre la arena en círculo sentados,
al fulgor de la luna departiendo?
No... Más veloz que el curso de las horas,
su alma vuela al país de los ensueños,
y piensa que Alborak, corcel glorioso,
le lleva á hender los ámbitos excelsos;
tiembla y cree ver, en las ardientes noches,
las hijas del Dejenet darle sus férvidos

encantos voluptuosos—y el perfume acre y sensual que exhalan sus cabellos— sus cabellos oscuros cual la noche— en él despiertan líbricos deseos! Mas, el chacal aulló sobre la duna: su caballo, al piafar, turba su sueño, sus quimeras dispanse; tan sólo le circundan la llama y el silencio, y sobre la llanura interminable, extiéndose, cobrizo, el vasto cielo.

LÉCONTE DE LISLE

Fragmento

JÓVENES, ved aquí la carrera grande de la gloria. Los cuerpos políticos necesitan almas, y las almas de estos cuerpos deben ser los sabios. El patriotismo ilustrado avanza la causa de la patria: el patriotismo que no lo es, la atrasa y la entorpece. Cultivad las ciencias: trabajad para ser sabios. Pero no esperéis serlo sin alejaros de lo que distrae ó embaraza el pensamiento. La sobriedad en todo es el primer elemento de la sabiduría. Un obeso no puede pensar: un sibarita es incapaz de meditaciones profundas. No hay vicio que no arrebaté el tiempo á sus víctimas: no hay pasión que no turbe el reposo. En el seno de la templanza, en la tranquilidad de la virtud, es donde se forma el pensador profundo, el sabio grande y sublime. Si buscáis placeres, las ciencias son las fuentes más inagotables. César viendo á Cleopatra, Cresó acumulando riquezas, no probaron jamás el placer que se goza leyendo el libro de un sabio, observando la naturaleza ó pensando en las sociedades. Si en la misma meditación se ve de repente iluminado lo que antes era tenebroso: si contemplando un objeto se descubren teorías nuevas, ó pensamientos originales, entonces... ¡oh jóvenes! no es posible explicar estos momentos de delicias. Afectan todo el ser. Newton queda arrobado; Arquímedes sale por las calles publicando su descubrimiento. Las ciencias os llaman, jóvenes: sed dignos de ellas: sed sabios: sed justos: observad primero: reunid hechos: meditad después; escribid al fin, y presentad á la patria las luces á que tiene derecho.

JOSÉ CECILIO DEL VALLE

Medioeval

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Profunda era la sombra
y todo en el castillo inmeduecía,
mientras el rubio paje
sólo con su pesar así gemía:
"Ay! misero, en qué altura
mi esperauza y mi amor he colocado!
Amé del rey la hija
y vivo en la prisión me han sepultado!"
"Si una gota de llanto
le arraucó, á su dolor, mi cautiverio,
este horrible sepulcro
no trocara, en verdad, por un imperio!"
Cuando una blanca imagen
aparece de súbito en la puerta,
y el joven, tembloroso,
demándale—"¿quién eres, pobre muerta?"
"Muerta no soy—responde
la aparición gentil—mírame, tocal...
¿Sabes? La escolta duerme:
Soy la hija del rey: besa mi boca!"

LORENZO STECCETTI

Edgar Poe

LA primera vez que nos vimos fué en ASTOR-HOUSE: Willes me había entregado en la mesa El CUEVO, porque el autor, según me dijo, deseaba saber mi opinión. La música misteriosa y sobrenatural de aquel poema extraño me penetró tan íntimamente, que cuando supe que Poe deseaba ser presentado en mi casa, experimenté un sentimiento singular, semejante al espanto. Al verle llaméme la atención su hermosa y altiva cabeza, sus ojos sombríos, de penetrante mirada, llenos de expresión; sus finos modales, que eran una mezcla indefinible de orgullo y dulzura: saludóme, sereno y grave hasta la frialdad; mas bajo ésta traslucíase tan marcada simpatía, que no pude menos de quedar profundamente impresionada. A partir de aquel momento hasta su muerte, fuimos amigos... y sé que en sus últimas palabras hubo un recuerdo para mí. Antes de que su razón cayera de su trono soberano, dióme una prueba de su leal amistad.

En su interior, sobre todo, á la vez sencillo y poético, se me revelaba el carácter de Edgar Poe bajo su más hermosa luz. Locuaz, afectuoso, espiritual, tan pronto dócil como maligno, cual niño mimado, siempre tenía

para su joven y adorada esposa, así como para todos los que iban á interrumpirle en medio de sus más arduas tareas literarias, una palabra amable, una sonrisa benévola y corteses atenciones. Pasaba interminables horas ante su pupitre, bajo el retrato de su LEONOR, la amada y la muerta, siempre asiduo, siempre resignado, escribiendo con su admirable letra las brillantes fantasías que cruzaban por su asombroso cerebro. Recuerdo haberle visto una mañana más contento y alegre que de costumbre: Virginia, su dulce esposa, me había rogado que fuera á verlos, y no pude resistir á su demanda. . . . Halléle trabajando en la serie de artículos que publicó con el título de THE LITERATI OF NEW YORK [Los Literatos de Nueva York].

—Vea usted—me dijo con aire triunfante, desarrollando varios papeles (escribía en fajas estrechas, sin duda para arreglar su escrito al ajuste de los diarios,—voy á enseñarle por la diferencia de longitudes los diversos grados de aprecio que me han merecido nuestros literatos. En cada cual de estos papeles cada uno de vosotros queda analizado y debidamente discutido.—Ven aquí, Virginia, y ayúdame!

Extendieron todos los rollos uno por uno, y observé que el último parecía interminable, pues Virginia, sin poder contener la risa, retrocedió hasta un ángulo de la habitación con una extremidad de la faja en las manos, mientras su esposo llegaba al lado opuesto con la otra.

—¿Y quién es el bienaventurado—pregunté yo—á quién ha juzgado usted digno de esa incommensurable bondad?

—¿No lo adivina usted?—exclamó—queriendo indicar con cierta inocente vanidad que se refería á mí.

Cuando me ví precisada á viajar por cuestión de salud, sostuve una continuada correspondencia con Poe, obedeciendo en esto á las vivas instancias de su esposa, la cual pensaba que yo ejercía sobre el poeta una influencia y un ascendiente saludables. . . . En cuanto al amor y á la confianza que existían entre Poe y su mujer, y que eran para mí un espectáculo delicioso, nunca podría ensalzarlos con bastante calor. Omíto aquí algunos pequeños episodios poéticos, á los cuales dió origen su carácter romántico; pero creo que Virginia era la única mujer á quien Poe amó verdaderamente.

MME. FRANCES OSGOOD

A Aleska

La luna brilla en el espacio inmenso
Cual blanca flor del firmamento azul,
Y acaricia con luz pálida y triste
Al pino enhiesto y elegante ombú.

El horizonte oscuro se ilumina,
Y alegre se alza en la región del Sur
La estrella solitaria que festigo
Fué de promesas que me hiciste tú.

¡Oh cuántas noches contemplamos juntos
Del infinito la explosión de luz,
Y el argentino rayo de la luna
Inspiró nuestra ardiente juventud!

Son las doce, mi bien, y todo duerme,
El mundo me parece un atafú
Donde reposa la creación entera:
Todo está triste porque faltas tú.

JUAN MARÍA CUÉLLAR

El ideal

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella á quien enamorar. . . Pasó, la ví como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con una alma que se asomaba á los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vió como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la Naturaleza y de Psiquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, ví el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul.

RUBÉN DARÍO

Una página

de El Triunfo de la Muerte

Jorge levantó la sábana para verla toda entera, de la cabeza á los pies.

Reposaba Hipólita sobre el lado derecho, en una actitud compuesta. Su cuerpo era ligero y largo, de una largura tal vez excesiva, pero lleno de serpentina elegancias. La delgadez de la cadera la hacía asemejar á un jovencito. El vientre había conservado la primitiva pureza virginal. El seno era pequeño y rígido, como esculpido en un alabastro

delicadísimo, bañado de un tinte entre rosa y violeta, con las puntas extraordinariamente eréctiles. Toda la parte posterior del cuerpo, desde la nuca á la corva, hacía pensar de nuevo en la semejanza de un jovencito; era uno de aquellos fragmentos del ideal tipo humano, que la Naturaleza algunas veces mezcla por acaso con las innumerables muestras mediocres, con las cuales se perpetúa la especie. Pero la más preciosa singularidad de aquel cuerpo, le parecía á Jorge el colorido. La piel tenía un matiz indescriptible, rarísimo, muy diferente del común en las mujeres morenas. La imagen del alabastro que por una luz interna se dora, daba tan sólo una mínima parte de la divina finura. Parecía que un baño de oro y de ámbar, impalpable, enriquecía el tejido, variándolo en una diversidad de colores, armoniosa como una música, que se hacía más obscura en el círculo de los riñones y donde éstos se insertan en el lomo, y más claro en el seno y en las ingles, donde residía la suprema suavidad de la epidermis. Los lunares esparcidos aquí y allá, semejantes á granos rojizos, parecían aún mejor aumentar el mérito de aquel tesoro tangible, al cual Jorge Aurispa había consagrado toda la sutileza del más intelectual entre los cinco sentidos humanos.

Jorge pensó en la frase de Oтелo: QUISIERA MEJOR SER UN SAPO Y NUTRIRME DE LOS VAPORES DE UN ANTRÓ TENEEROSO, QUE DEJAR EN LA CRIATURA QUE YO AMO UN PUNTO PARA USO DE OTRO.

GABRIEL D'ANNUNZIO

Wellcome!

Entra, rayo de luna, bien venido;
Hace ya muchas noches que me faltas;
Dejé abierto el balcón, y sólo entraron
Las sombras á mi estancia.
Oh ingrato compañero! Eres el mismo;
La trasparente ráfaga,
La hermosa cinta de fulgor, que tiene
El amarillo diáfano del ámbar.
Entra, ya no estás aquí, ya no has de verla;
Ya no sorprendes nada;
Ya no eres importuno aun cuando arrojes
Sobre el lecho nupcial tu luz de nácar.
Derrámate en la alfombra cual si fueras
Una lluvia de escarcha;
Préndete en el oscuro cortinaje
Y fuge un chal de plata.
Ves? Todo está polvoso y descuidado;
Esta tristeza espanta
Se columpia en la clave ennegrecida,
Sin pájaros la jaula.
Ves? ..Sobre el tosco barandal enreda
Sus marchitos estambres la campánula,
Y está el rosal, sin flor, ajado el lirio
Y seca la aibahaca...

Celestial indiscreto!... Yo te amo;
Ella también te amaba;
¡Quebraste tantas veces tus reflejos
Sobre su frente pensativa y casta!
Entra, ya no está aquí la niña rubia,
La soñadora blanca
Que viendo tus cambiantes me decía:
¡Es la risa de Dios en nuestra casa!
Oh ingrato compañero! Ya no estamos
Más que tú y yo en la estancia;
Pero si quieres verla, bien venido,
Celestial indiscreto, entra á mi alma!

Luis G. URBINA

NOTAS

Pensamientos.—

—No ser desgraciado es en sí mismo una desgracia; es malo para nosotros no conocer las penas, porque el camino más seguro que conduce á la sabiduría es el que nos lleva por la adversidad; el hombre distingue mejor aquello que no es bueno, cuando el sufrimiento se lo ha hecho ver con su dedo experimentado; mientras que la fortuna, con todos sus dones, jamás le hace ver el verdadero lado de las cosas.—DANIEL.

—Que el día sea penoso ó que sea largo, las campanas concluyen siempre por tocar la oración.—ANTIGUA COPLA.

—Las cruces se convierten en anclas: lleva tu cruz como debes, y así tendrás también tu ancla.—DOWNE.

Guerra del Oro.—

Próximamente se estrenará en el Teatro Francés un drama que lleva por título "Guerra del Oro", cuyos episodios son los sucesos de la heroica campaña del Africa del Sud, tales como las batallas famosas de Paardeberg, Spi-n-Kop y otras. El célebre actor Coquelin desempeñará el papel de General Cronje.

Aneédotas.—

Una anécdota sobre la vida del nunca olvidado conquistador Napoleón I, Cónsul, Rey y Emperador.

El 17 de octubre de 1781 daba el inspector Militar Keralis la siguiente declaración: "Señor: Bonaparte nació el 6 de agosto de 1769; alto, 4 pies, 10 pulgadas y 11 líneas. Constitución buena, salud excelente, obediente, honesto, de buena gratitud. Conducta regularísima, gran talento para las matemáticas, conoce pasablemente la historia y la geografía. Debilísimo en bellas artes y en latín. Pudiera ser un buen marino."

En efecto, el joven Bonaparte quiso dedicarse á la marina é hizo prácticas para entrar de corsario inglés—¡rara coincidencia!—cuando la marina de la Gran Bretaña reclutaba hombres en todo el litoral del Mediterráneo.

Rehusada su petición, Bonaparte se resignó á la carrera militar, pasando á Paris, donde fué admitido en la Escuela de Artillería...."